

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 23 DE JULIO DE 1922

NÚM. 19.804

## AVES DE PASO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE CONCHA ESPINA

### El estudiante

ESTAS dos muchachas rubias y dulces iban al colegio hace tres años, muy afanosas en pulir su educación, con estrechez vergonzante, castigadas por el azote nacional de la guerra. Vestían paños raídos, calzaban unas botas llenas de remiendos y se cubrían la cabellera de oro con unos sombreretes absurdos; hubiesen estado feas y ridículas si la miseria indumentaria pudiera secar alguna vez el fresco rocío de la juventud.

Pero vivían el tiempo gracioso y primaveral, los abriles colmados de preguntas insaciables, de pensamientos que tiemblan en el alabastro de las frentes, de sonrisas que huyen sin saber adónde.

Y parecían hermosas, aunque llevasen con frecuencia los ojos húmedos de llanto.

Los padres de aquellas niñas estaban prisioneros, herido el uno gravemente. Y las madres, cargadas de oriaturas y pesadumbres, atendían al abandono del hogar manejando las íntimas obligaciones y dirigiendo los modestos negocios: una tienda de comestibles, un taller ordinario de ropa blanca.

Con la calle por medio, las habitaciones mirándose desde la altura sombría de las fachadas, Agata y Dora se criaron en una vecindad constante, repartiéndose los esfuerzos del estudio, las diversiones festivas, las inquietudes, más tarde, del pavoroso duelo; hasta la memoria triste y ferviente de un mozo guapo y juaguetón, de quien eran amigas a la vez.

Le conocieron cuando él salía del gimnasio y ellas de sus clases, en plena movilización de tropas alemanas. Röger cursaba entonces el quinto año de latín, sujeto a esa larguísima preparación de los estudiantes germanos, que no conduce a ninguna parte. Era hijo de un adinerado burgués y lucía la gorra colorada con cierto orgullo fanfarrón, muy pagado de su estatura eminente, de su bolsillo repleto y aun de su aristocracia relativa.

Porque figuraba Röger entre los estudiantes «arios», los adictos fervorosos del Kaiser, mantenedores del nacionalismo y la tradición contra el elemento semita y la renovadora gracia del ambiente moderno. Pertenecía a sociedades secretas, aliadas incondicionales del militarismo y el trono, y se ponía en el ojal una cruz arbitraria en forma de molinete, a guisa de condecoración y distintivo.

Agata y Dora se enamoraron del mocetón altivo y risueño que las miraba protegiéndolas, de una en otra los ojos claros y voraces y las palabras impertinentes. Estaba henchido de sabiduría superficial y hueca, a despecho de una condición mansa y de un espíritu infantil, un poco salvaje, como el de todos los niños. Atrasado en los estudios por torpe y holgazán, le sorprendió la guerra en el gimnasio, y hallóse en el campamento sin haber ingresado en un cuartel.

De improviso fué el mozo a despedirse de sus amigas, vistiendo el uniforme, con un aire de importancia terrible, suscitadas la gorra estudiantil y la cruz

aria por el casco prusiano y la bayoneta militar.

Ellas le encontraron más seductor que nunca, y viéronle partir con desconsolado sentimiento, perdido allá en las si-

Y al fin dejaron de estudiar. Todo su esfuerzo era menester para ayudar a los pobres hogares.

Dora en la tienda, mermados los géneros y los compradores bajo la penuria

pietarias, acudían a las más humildes labores como jornaleras, para llevar a sus hijos pequeños una mejora de alimentación.

Pero la histórica fecundidad de las mujeres que dieron tantos soldados a la guerra, oprimía con exceso las casas donde los niños hambrientos y sucios se dolían en amargo padecer, y la abnegada solicitud del amor no evitaba la miseria ni la muerte cerca de Agata y Dora, que se hallaron entre cunas vacías, lágrimas y privaciones, hasta que sucumbió la Alemania imperialista y los vencidos tornaron a la patria míseros y libres dentro de su derrota.

Volvían contentos a la tierra intacta, al trabajo prometedor. Habían sacudido dentro de su país un yugo que parecía inquebrantable, y sin la clara conciencia de este logro sentían el alivio profundo de una íntima liberación: anchos horizontes se abrían para Alemania desde las trincheras horribles, desde los caminos sangrientos donde habían caído millones de combatientes como una prueba espantosa de la humana brutalidad.

El padre de Agata contribuyó a este número fabuloso de víctimas, y el taller humilde de la calle de Landsberg se defendía de sus quebrantos con mucha dificultad, mientras que la vecina tienda de comestibles, renovado su luciente escaparate, enderezaba sus antiguas relaciones con el público.

Y la moza huérfana, vestida de trapos negros, interesante en su anémica palidez, contemplaba a menudo, detrás de los vidrios, el establecimiento casi rumboso de su amiga, midiendo la distancia de la calle que parecía haberse prolongado entre dos corazones infantiles.

### El soldado

Una noche Agata volvía de entregar la costura, largo el paso como de costumbre, cortos los pensamientos en la estrechez de un destino lamentable.

Era el otoño. La témpora, insegura, entornaba los cielos, y en la tierra humedecida se ablandaban las hojas de los árboles.

A la muchacha le pareció, de pronto, que todas las cosas dejaban tras de sí una oscuridad creciente, llena de peligros. El tormento brusco de la imaginación la hizo levantar la cabeza y aguzar la vista en la penumbra de la calle. Un hombre estaba a su lado mirándola con el aire distraído y curioso.

—¡Röger!—exclamó la joven reconociéndole; y preguntó no obstante: ¿Eres tú?

Después de la guerra flotaban las dudas sobre cada vida como una sombra inevitable de la muerte. Y esperó Agata con recelo hasta que el interpelado respondió:

—¡Yo mismo!

Aún tarda él en acertar con quién habla, tanto había cambiado la colegialita del año antes.

Más alta, más flexible, más descolorida, casi espectral con la ropa de luto, la costurera de hoy tenía un encanto



nuestras regiones donde los padres de las niñas se habían oscurecido también.

Se quedaron muy tristes; durante varios meses hablaron de Röger a todas horas, mezclando su nombre con doloroso anhelo a las angustias de cada familia.

del país y el rigor de la tasa oficial; Agata en el taller, casi vacío, donde sólo mezquinas composturas daban algún trabajo de ilusoria remuneración, prestaron el servicio de su presencia en tanto que las madres, abolidos sus fueros de pro-



enfermizo y penetrador lleno de magia. Tomóla Röger del brazo, como algo propio que se recobra, presintiendo la pureza de aquella carne opalina y dulce, necesitada de apoyo varonil.

Y mientras andaban por la hondura tenebrosa del barrio, contaba él su magnífica odisea en las batallas, sus asombrosos lances de valor: había caído moribundo en varias ocasiones, estaba lleno de cicatrices, merecía una cruz...

Agata procuró verle el rostro a la luz amarilla de los faroles municipales, no muy frecuentes en aquel lugar.

Y hallóla guapísimo con la delgadez romántica de los sufrimientos, algo mustios los párpados sobre los ojos azules, grande y ávida la boca entre los aílados carrillos, flojo el gabán en el cuerpo viril, desmejorado por las duras faenas militares.

Si no encontró el surco de las supuestas heridas, quedó al menos segura de que el joven había cambiado considerablemente; los gestos más voluntariosos, la voz más ronca, el carácter a un tiempo más fuerte y más sencillo, sin la altivez petulante de las jornadas estudiantiles; se había templado en los revéses del infortunio, en la sagrada lucha del sacrificio: ¡era un héroe, el ser revelador y misterioso que venía del corazón del mundo con divinos mensajes para la niña desgraciada!

Y se le afirmó en el brazo, enardecida por un tibio sentimiento de felicidad...

Seguía Röger hablando de sí mismo. Estaba arruinado. A su padre, señor de fincas en la Alta Silesia, le habían arrasado las propiedades que permanecían confiscadas bajo el dominio de Polonia. El héroe vivía, a la sazón, de un sueldo mezquino: era pobre, igual que su amiga.

—¡No tanto!—suspiró la costurera, consolándose, a pesar suyo, con la mala fortuna del vencido.

Se dejó acompañar hasta su casa, y sólo allí, frente a la tienda, aún encendida al otro lado de la calle, nombró el muchacho a Dora.

—¿Qué es de ella?

—Está haciéndose rica—contestó Agata con despecho—. Ha tenido la suerte de que le viva el padre y se le mueran los hermanos... En pocos meses se quedó sola con el mayor, que ya es mozo y trabaja también—. La boca, pálida y fina, se erizó en un gesto encruelecido—. ¡A mí no se me ha muerto más que el padre!

Consoló Röger a la niña con una ternura nueva en sus labios, habitualmente fríos y jactanciosos.

Tardaban en despedirse, mostrándose el pródigo en las frases, audaz con las manos, encallecidas por las armas...

Y al día siguiente, ya en posesión de las antiguas costumbres, sintió el antojo de ver a Dora. Precisamente al descansar un rato en la oficina donde comenzaba a prestar asistencia, le convenía la

calle de Landsberg, tranquila y ancha, para dar un paseo.

Se fué por la acera del mediodía, tomando un sol no muy caliente ni radioso. Y se detuvo a mirar el consabido escaparate, lleno de jamones y salchichas, conservas y mermeladas.

Parecióle soberbio. No había en aquellas inmediaciones cosa más sugestiva ni tentadora. Ponía la mirada con entusiasmo en el lomo y el pernil, en los rubios tonales de margarina y los exquisitos flambres encerrados en cajas de cristal. Sentía apetito, era la hora de comer y una fuerte sensación de codicia le urgaba en el estómago.

Como ornamento de los manjares había unas macetas de flores, unos mantelitos con lazos que denotaban coqueterías

azules: hallaba en Röger un aspecto heroico, de fascinación insuperable...

### Rivalidad

En el desmantelado obrador queda una máquina sola, que borda, cose y frunce sin cesar.

Los encajes de algodón, los géneros blancos, sin apresto ni finura, cuelgan de las sillas y posan en los rincones; la ventana, descubierta y grande, ilumina el taller con luz primaveral, reflejo del sol que no se logra en esta fachada del Norte.

Agata preside la tarea vigilando a sus hermanitas, ya casi mujeres, todas rubias, pálidas y humildes: son cinco. La madre cose y borda cuando puede.



de mujer. Y de pronto, al otro lado de la exposición, redonda y encendida como una fruta, vió Röger la cara sonriente de Dora.

La muchacha le había conocido y salía a recibirle. Se saludaron cariñosamente, ella sorprendida y feliz, emocionada, luciendo con orgullo los colores abigarrados de su vestido, las mejillas rubicundas, los labios de un granate intenso y sensual.

Siempre encontró el mozo a Agata más interesante que a su amiga; pero ahora la miraba con exaltación, sugestionado por el delicioso perfume de los embutidos, erguida como una soberana en aquel trono de botellas, peroles y barriles.

Observó que se le había oscurecido el cabello, leonado con vetas cobrizas, recogido en una tirantez que decubría la frente lisa y estrecha, sin atenuante ni sombra de protección para la nariz chata, germánica pura.

La dueña de aquella nariz sonreía olvidándose de la terrible facción, temblando con el ímpetu de un arbolillo silvestre bajo la caricia devota de los ojos

Hay en la escuela otros dos rapaces, y alguna de estas niñas asisten al colegio por la mañana para instruirse un poco, lejos ya de las presunciones intelectuales que halagaron a la mayor cuando el padre aún podía volver robusto y alegre en plena juventud.

Han corrido más de tres años desde que el prisionero de Aviñón dejó de existir, y las manos femeninas de esta casa, veloces y deseosas, no sirven, con todo su esfuerzo, para levantar las diarias necesidades. Hubo que vender las máquinas mejores, y es preciso confeccionar la ropa a destajo, con una perseverancia incansable, que no obtiene recompensa.

Agata suspira, desesperada porque ya no la ayuda la secreta ilusión de su noviazgo.

No la abandona Röger, y la sigue queriendo, según afirma; pero está a punto de casarse con Dora, cuya posición le seduce.

Largo tiempo mantuvo relaciones con las dos, aprovechando la generosidad apasionada de la bordadora y los sabrosos conyites de la tendera: ya no tiene

más remedio que casarse, como una fórmula que le exigen en la casa vecina. La causaría, además, un gran perjuicio perder los favores del tendero y renunciar a las ofertas de protección con que le estimula.

—Hay que pensar en todo—le dice a Agata, hablando del asunto como de la cosa más natural.

Y repite, sin cinismo, con una cachazuda reflexión:

—Ya sabes tú que no quiero a Dora, y ella lo debe comprender... Se dará por satisfecha con tener marido, y no ha de intervenir en mis amistades ni prohibirme los gustos y expansiones: a ti y a mí nos conviene esta solución... Seremos vecinos, tendrás crédito para surtir la despensa...

La postergada no se incomoda ni se turba.

Los millones de hombres que le faltan al país contribuyen con un influjo trágico a la sumisión racial de estas mujeres sobrantes y pródigas que no saben qué hacer de sus encantos y de su corazón.

Y Agata sufre sin rebelarse. Tiene celos de Dora, la envidia y aborrece; pero aún está agradecida de Röger. Le debe ilusiones y esperanzas, sueños que, aunque no se realicen, son el único bagaje de su existencia ansiosa y fallida.

Le quiere y le disculpa, llora escondiendo sus lágrimas, sin que la madre la pregunte ni hostilice lo que sucede entre su hija y aquel hombre.

En tanto, Dora comprende que no es amada; pero confía en casarse, y este éxito rotundo la indemniza de todas las decepciones posibles. No ha reñido con Agata nunca, ¿para qué? Supone que no será esta sola quien la catequi-

ce al buen mozo: ¡andan tan escasos!... Rival más o menos le importa poco. Y de las predilecciones que la ofenden se toma a cada instante pequeñas venganzas exhibiendo un vestido de colorines, un sombrero de plumas, un escaparate deslumbrador...

### Wandervögel

Sin gorra estudiantil y sin ropa militar ha venido Röger al estado llano convertido en oficinista, lejos de sus pujos de aristócrata, pero cada vez más cerca de las sabrosas ventajas y los imperiosos deseos: puede ser rico por sí propio, sin la humillación de que su familia le pensione o de aguardar una herencia.

En las fincas del padre han caído como un alud los tártaros de la Guardia Roja, durante las últimas contiendas entre Polonia y Rusia. Ya no hay que pensar en aquel patrimonio perseguido como una tierra maldita. Y Röger, desfilgándose en lo posible de las antiguas ambiciones y el clásico ideal, se consagra a los presentes logros de ciudadano libre y de hombre guapo, señor de muchas



mujeres, como un kaiser cualquiera. Poco delicado y meticuloso, le produce beneficios el amor; le basta el sueldo para comer y vestir; las diversiones le salen por una bicoca; y aunque así vive muy de acuerdo con su carácter egoísta y glotón, se cuida mucho del porvenir; quiere hacer un buen casamiento para asegurar sus rentas y sus placeres... ¿Dora?.. Ya estaba casi decidido, porque la tienda de comestibles es un negocio rápido y seguro. Pero en una excursión reciente ha conocido a otra mujer más bella y más rica, insinuante, deliciosa.

Y el galán duda, consultando sus vacilaciones con la propia Agata. No pretende hacerla sufrir, ni abusar del dominio que ejerce sobre ella. Para él es una cosa muy prudente y razonable aquella conversación.

—Tú, ¿qué harías en mi caso?

—Decidirme por ésta—subraya la joven con una falsa tranquilidad, poniendo los ojos claros y tristes en la casa de enfrente.

Están en el obrador, sentados junto a la vidriera donde se apaga la luz en este día largo y abrileno.

De pronto Röger levanta la voz, ahuyentando del pensamiento alegremente la seria cuestión matrimonial: es su hora de divertirse por la anchura de la vida, sin deberes ni yugos.

—Mañana por la noche—cuenta—salimos los Wandervögel para Fürstenwalde: no regresaremos a Berlín hasta después de Pascua.

Las niñas han dejado de coser y atienden al discurso muy interesadas, caídos los brazos encima de su labor, absortas en el hechizo de las singularidades que escuchan.

Porque habla Röger de sus compañeros los famosos Wandervögel, las «aves de paso», antigua asociación de las juventudes alemanas, establecida en Germania hace tres siglos, para fomentar el amor a los campos y a los viajes, el conocimiento de los países, la expansión de los espíritus.

Más de doce mil asociados van y vienen por los caminos alemanes en expediciones curiosas y denodadas, al nacer cada primavera. Son jóvenes; estudiantes, empleados, burgueses, a los que se unen también mozas de arresto; y aprovechando las fiestas y vacaciones, se ciñen las polainas, visten el traje holgado propio de la excursión, cuelgan a la espalda una mochila con provisiones de comer y ennoblecen la humilde catadura llevando sobre el corazón un laúd.

Así viajan, de día o de noche, según sea menester, por la carretera, por los canales y el ferrocarril, visitando pueblos, conociendo bosques y llanuras, exaltando en los ojos la alegría, en los labios el lied: recuerdan a los antiguos trovadores y han sido heraldos del moderno explorador.

Muchas veces llegaban a Italia y a Rusia. Después de la guerra se contienen en los límites germanos, si no pisan la margen de Suiza o de Polonia. Y desde cualquier lugar donde caminen hacen con preferencia rumbo a Oriente, «la tierra de la mañana», el horizonte de los pueblos niños.

Los Wandervögel duermen al raso o piden hospedaje liberal, cuando no es tradición, como en Baviera y Sajonia, recibirlos en los cuarteles. Forman un bolsillo común y no tienen más disciplina que la de una saludable fraternidad. Pero cada grupo (que ellos todavía llaman *hordas*, como una evocación de los tiempos bárbaros) elige el camino que más le gusta y la compañía que más le agrada.

Ahora Röger va con sus amigos predilectos a la ciudad de Fürstenwalde, en

la Prusia. Harán el viaje de noche y saldrán cantando de Berlín, desde la estación de Alexander Platz, grande y sonora en el barrio populoso... Allí, de amanecida, buscarán el sueño en una barca, estremecidos en la frescura de los canales prusianos que unen al Oder y al Spree... Luego emprenderán las intrusiones por la campiña, de aldea en aldea, entre árboles, lagos y jardines...



Un soplo lírico palpita en las frases del galán, que adorna el relato con recuerdos de sus lecturas poéticas, estrofas y baladas del romancero del país.

Ráfagas de aventura sacuden a las costurerillas, silenciosas en su ambeleso de escuchar, mientras la hermana mayor se dice, con el sonambulismo propio de los obsesionados: «Prefiero que se case con Dora antes que lleve esa desconocida...»

Y la más gentil de las muchachas, Helena, de quince años avizores y sombríos, deja escapar toda su atención hacia Röger, que la mira de un modo extraño y duradero. Es alta, fina, tiene muy seña-

lada la boca, los ojos grises y matizados, enrojecido el cabello como el lúpulo de Bohemia.

Sin desprender los ojos de aquel fruto en agraz que se le está ofreciendo, pronuncia el muchacho, levantándose:

—Adiós; mañana vendré a despedirme.

Agata le sigue hasta el portal, y se queda el obrador oscuro y callado. A nadie se le ocurre allí reanudar la costura;

lle. Viste una blusa lisa y floja y esconde en la faltriquera unas rebanadas de pan negro, untadas con dulce de limón.

Quiere irse con los Wandervögel, del brazo de su amigo.

No piensa en las ansiedades de la hermana ni en el concertado casamiento de Dora; ha sentido los ojos del hombre clavados en los suyos como una promesa, y la tentación de la libertad empujándola hacia la «tierra de la mañana», el oriente donde nacen los días, y la esperanza se alumbra con el Sol.

Ella misma no comprende el origen de estos anhelos imperiosos y turbios, que muerden en su doncellez como en la tierna fibra de un corazón. Pero no los sabe resistir y los obedece envuelta por el torbellino del deseo, pálida y brusca en medio de la calle, alumbrando el sigilo de aquel minuto con el fulgor ardiente de la mirada.

Aquí está Röger. Las sandalias de peregrino le traen silencioso, como un ladrón.

Pero la niña le descubre, le detiene y le pregunta, con sordo acento:

—¿Me quieres llevar contigo?

El muchacho se repona en seguida del asombro, la toma del brazo con ademán de posesión, como a Agata otra noche de primavera, y murmura:

—¡Ya lo creo!... Me gustas mucho, Lenchen—añade dándole el gracioso diminutivo alemán.

—También tú a mí.

—¿Desde cuándo?

—Hace tiempo... desde que enamoras a las demás—insinúa la fugitiva con un gesto elocuente hacia la tienda brillante y la ventana luminosa del taller.

Y alarga el paso, huyendo de las otras mujeres, estrechándose contra el galán que lleva sobre el pecho un laúd.

El mozo se inclina a mirarla muy de cerca, agradecido, sediento de las pupilas anchas y pesadas, trémulas como dos mariposas.

—Lenchen!—repite, saboreando aquel nombre con dulzura.

—¿Seré tu compañera?

El viajero promete de un modo tierno y brutal:

—¿Serás mi mujer!

Y la arrebatada consigo por la orilla de la noche, respirando con avidez el aire húmedo y sabroso.

Se oye el grito de un pájaro en los árboles callejeros; Helena, detenida un segundo, piensa, sin saber por qué, en la hermana que a fuerza de sufrir se endurece como la piedra que le sirve de nombre.

Pero continúa marchando con un arranque de todo su cuerpo... Es preciso olvidar a la pobre Agata: hay que llegar al tren y acudir a la cita del Sol...

En todo el país trashuma hoy una parte ruidosa de la juventud, con el alma abierta a los doce vientos del mundo.

Es un levantamiento rauda y lírico igual que las emigraciones de las aves. Por los caminos de la tierra se cruzan las alas de los sueños y la canción de la mocedad, como en el campo de las nubes se levantan vuelos y trinos de los pájaros nómadas.

Y Helena siente la embriaguez de la ruta y de la copla, el afán de la holganza y el amor.

—¿Eres feliz?—le pregunta, excitado, Röger.

—¡Mucho, mucho!—repite ella locamente.

Se apoya con abandono en el hombre, y se entrega a la sorda continuidad de la vida, entre arrullos y besos, iluminado el rostro por la Luna caminante...

Concha ESPINA

Berlin Charlottenburg.—Primavera de 1922.  
Dibujos de ACUSÍN.



# La ermita de San Baudelio

Dos veces hemos visitado esta interesante ermita: la primera hace unos años, en unión del ilustre vizconde de Eza, del anterior obispo de Osma, doctor Lago, y de los reputados arqueólogos don Teodoro Ramírez y don Manuel González Simancas; la segunda, pocos días ha, el 4 del corriente, en compañía del gobernador señor Posada y de nuestros compañeros los señores Tudela y Gómez Santa Cruz.

El primero que llamó la atención acerca del admirable santuario situado en pleno monte de Casillas de Berlanga, pueblecillo agregado a Caltojar, fué el culto vocal de la Comisión de Monumentos, don Elías de la Romera, vecino de Almazán, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, en el año 1884. Después ha sido objeto de concienzudos estudios por parte de los académicos señores Aníbal Alvarez y Mélida, Lampérez y Gómez Moreno, publicando los primeros los suyos, hechos en colaboración, ilustrados con abundante información fotográfica de don Teodoro Ramírez, en el *Boletín de Excursiones*; el segundo, en su monumental tratado de la *Arquitectura cristiana española*, y el último, en su reciente y magistral obra acerca de las *Iglesias mozárabes*, con admirables fotografías de don Juan Cabré.

De tan importantes trabajos, hemos de tomar los principales datos al intentar hacer una ligera reseña del admirable monumento, rindiendo culto a la actualidad.

Se trata de un pequeño edificio construido de mampostería, reforzado con aristones de sillarejo, cuyo humilde aspecto disimula por completo la originalísima arquitectura y la espléndida decoración pictórica que luce en el interior.

Forman esta peregrina fábrica, a la que facilita el ingreso por el lado del

rioso notar que en su construcción se prescindió de la madera, que sus columnas carecen de capiteles y que todos sus arcos son de los llamados de herradura.

En medio de la nave, de lados ligeramente desiguales (8,50 x 7,30 ms.), con

planta y está cerrado por bóveda de cañón sin impostas. Allí subsiste un altar de toscas piedras, sobre el que se alzaba el primitivo retablo, sustituido por otro de época muy posterior, que se halla bastante deteriorado.

Todo esto que de por sí, desde el punto

Siguen por la capilla mayor los motivos religiosos; pero tan deteriorados, que sólo se puede distinguir, sobre la ventana y dentro de una gloria, la representación del *Agnus Dei*.

Como si toda esta profusa ornamentación religiosa pseudobizantina, por el estilo de la que ostenta la celebrada *Biblia de Avila*, conservada en la Biblioteca Nacional, no fuera bastante para dar a este monumento un valor extraordinario, ya que escasean mucho las pinturas de época tan lejana, todavía nos encontramos con otras pinturas de importancia incalculable por ser de asuntos profanos.

Así, por la zona media de los muros de la cabecera y de la puerta de entrada se reparte una movida escena de caza, de la que, desgraciadamente, han desaparecido algunas figuras, y que tal vez quisiera recordar algún accidente del que saliendo con bien un jinete que aparece junto al arco triunfal, acaso le indujo a decorar fastuosamente la ermita en perenne testimonio de gratitud a San Baudelio. El resto de la escena representa a unos acosados ciervos que, entre árboles, tratan de esquivar la persecución de unos cazadores con sus perros.

En el antepecho del coro y de la tribuna se suceden, a partir de la escalera, unas series de círculos con águilas ornamentales, dos interesantes figuras de hombre, dos lebreles empujados, un elefante blanco con torre, y un oso, de marfil.

Si a esto se unen las distintas cenefas, bandas y orlas de las más variadas trazas, que separan unas composiciones de otras, la decoración de los arcos, etc., se comprenderá que el interior de esta pequeña y singular ermita, perdida en la fragosidad de un monte de la ribera del Escalote, resulta realmente fantástico.



EXTERIOR DE LA ERMITA DE SAN BAUDELIO

banqueta de piedra alrededor, se alza un robusto pilar cilíndrico, del que irradian ocho arcos, rebajados unos y peraltados otros, según su mayor o menor luz, de los que cuatro van a morir sobre los centros de los muros, y los otros cuatro buscan apoyo en unas pequeñas ochavas, sobre trompas abocinadas, que matan los rincones. Singular disposición que da a este original conjunto, sobre el que carga la bóveda, de rincón de claustro, el aspecto de una elegante palmera dentro de un invernadero. Tal es lo que de monumento se aprecia. Pero fijándose más, el señor Gómez Moreno ha observado que la parte superior del macho es hueca, dejando en ella un disimulado espacio, cubierto por nervios cruzados, a modo de linterna, que acaso pudo ser un preciado relicario.

Una estrecha y deteriorada escalera sin barandil, adosada al muro de la Epístola, facilita el acceso a un coro que se alza al fondo sobre un sistema de columnas, arcos y bóvedas, que ocupa más de un tercio de la planta. Desde dicho coro, avanza, también sobre columnas y arcos, hasta el robusto pilar central, una reducida tribuna, con cubierta a dos vertientes y una pequeña ventana a la izquierda, que tal vez estuvo destinada al maestro de capilla.

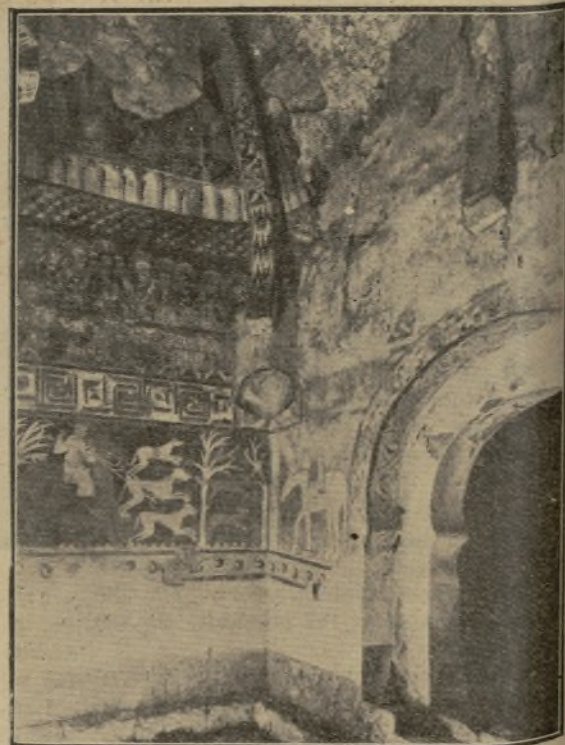
Este coro tenía salida directa al monte por un costado del muro de fondo, contiguo al lado de la Epístola, y debajo se halla la entrada de una sinuosa cueva, que allá en días lejanos pudo ser el lóbrego asilo escogido por algún anacoreta.

A la izquierda de la puerta principal, y frente al coro, se abre el arco de triunfo del presbiterio, que tiene 4 x 3,50 ms. de

de vista puramente arquitectónico, da al pequeño santuario del siglo XI el excepcional valor de único, al que el señor Lampérez considera como «el ejemplar más mahometano de la arquitectura mozárabe», juicio que hace suyo el señor Gómez Moreno, se halla espléndidamente realzado por importantes pinturas murales. Sobre el enlucido de sus bóvedas, arcos y pasamientos, inspirados y anónimos artistas de la Edad Media pintaron, a fines del siglo XII o a primeros del siguiente, variadas cenefas, fantásticos animales, hieráticas figuras místicas y animadas escenas de montería, estudiadas y descritas en 1907 por nuestros ilustres amigos los señores Mélida y Aníbal.

Entre arquitecturas de arcos angulares, redondos y escarzanos, volteados sobre columnas bizantinas, a juzgar por las que quedan, se trató de representar en los frisos la vida, pasión y muerte del Señor, pues al lado de la Epístola se destacan la curación del ciego de nacimiento y la resurrección de Lázaro; en el muro de fondo, las bodas de Caná y la tentación; al lado del Evangelio, la huida a Egipto, la entrada en Jerusalén y la última Cena, donde aparecen las nimbadas figuras del Divino Maestro y las de sus discípulos. Distínguese solamente, en el muro donde se abre el presbiterio, a las tres Marias junto al sepulcro y al ángel mancebo, que anuncia la Resurrección.

La tribuna del coro aparece decorada interiormente con la Epifanía, ocupando el fondo la Virgen con el Niño, y viéndose en la bóveda la mano del Eterno en actitud de bendecir.

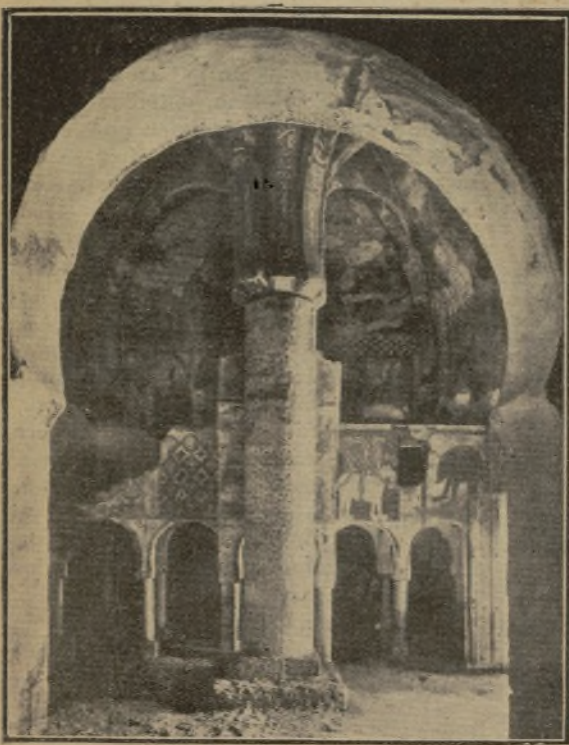


PINTURAS MURALES.—FINES DEL SIGLO XII

Tal es, descrito a grandes rasgos, el preciado monumento, ejemplar único en su género, que el Estado tomó bajo su tutela por Real orden de 24 de agosto de 1917, y que España debe a todo trance defender.

Pelayo ARTIGAS

Fotografías de D. JUAN CABRÉ.



INTERIOR DEL SINGULARÍSIMO MONUMENTO

Evangelio una pequeña puerta con doble arco de herradura, orientada al NO., una nave y un ábside rectangulares, situados en dos distintos planos, que salvaban las gradas del presbiterio. Sólo recibe luces por dos ventanas: una, a la derecha de la puerta, y otra en el centro de la capilla mayor, hacia el NE.; y es cu-



# LAS ALAS DE TONY

AZULINA era una mariposa. Supongo que sus padres le pondrían este nombre tan bonito porque tenía alas color de cielo.

Azulina llevaba una vida encantadora. Se pasaba los días volando alegremente de un lado para otro, y, cuando tenía hambre, sus amigas las flores le ofrecían con sus pétalos frescos y sabrosas gotitas de rocío.

Un día le ocurrió una cosa espantosa: fue apresada en la red de gasa verde de un niño, y este niño era tan atrozmente malo, que, antes de devolverle la libertad, se entretuvo..., ¡horror!, en arrancarle un ala.

¡Pobre Azulina! Cuando se vió así, mutilada, incapacitada ya para volar, creyó morir de pena. ¡No era una linda mariposa, coqueta y libre; ya no era más que un pobre insecto que se arrastraba penosamente por el suelo.

Y no fué eso lo peor, sino que las hormigas se enteraron del suceso. Ya sabéis que las hormigas son unas criaturas muy trabajadoras, y eso está muy bien; pero lo que no está bien es que son sumamente tacañas, egoístas y envidiosas. Más de una vez habían envidiado la gracia alada y la libertad de Azulina, y cuando la vieron transformada en un insecto como ellas, incapaz de volar, tal es su mal corazón, que empezaron por alegrarse. Luego pensaron en aprovechar la ocasión para tener una criada que no les costase nada.

—Si te quedas ahí—dijeron a la mariposa—te morirás de hambre y nosotros te comeremos. Vente a nuestra casa subterránea; nos ayudarás en nuestros quehaceres y te daremos de comer. La desdichada se resignó suspirando, y desde entonces su vida fué una tortura continua. Sus terribles amas la hacían trabajar mucho y siempre le encargaban las tareas más duras y humillantes; además, acostumbrada como estaba al aire y al sol, la casa subterránea le parecía horriblemente fea y triste.

Un día las hormigas celebraban una asamblea solemne para tratar del aprovisionamiento del invierno que se acercaba y de las disposiciones que habría que tomar para prevenir una invasión de hormigas rojas, sus peores enemigas. Azulina aprovechó aquel momento, en que nadie se ocupaba de ella, para huir.

Con esfuerzos sobrehumanos consiguió deslizarse fuera del hormiguero; respiró el aire puro, y fué a contar sus penas a una margarita que había allí cerca. La flor reflexionó un momento, y luego dijo:

—¿Sabes lo que se me ocurre? Mira: me ha contado mi prima Dalia que en aquella casita rosa vive un niño llamado Tony, muy bueno y que fabrica, ¿sabes qué?, ¡jalas! Podías ir y pedirle por favor que te pusiera un par nuevo.

—¡Ay! ¡Margarita, te debo más que la vida!—exclamó la mariposa, llena de esperanza—. ¡Qué gran noticia! ¡Un niño que fabrica alas! Voy corriendo a verle.

Lo de «corriendo», era un decir; pues, a pesar de su impaciencia, Azulina tardó mucho en arrastrarse hasta la casita rosa. Precisamente Tony salía en aquel momento.

—¡Pobre mariposa!—exclamó el buen niño al ver al insecto mutilado—. ¿Qué te ha pasado que no tienes más que un ala?

soy yo; será magnífico, ya verás; todo el mundo estará asombrado y dirán que yo soy un gran inventor, y yo iré por los aires como los pájaros y las maripos...

Pero se paró en seco. Tanto daño le hacían estas palabras a Azulina, que la pobrecilla había roto a llorar desconsoladamente.

El buen Tony se sintió todo conmovido.

—¿Quieres quedarte conmigo?—propuso—. Aunque no pueda devolverte las alas perdidas, te daré de comer sin hacer te trabajar, puesto que tú no eres bastante fuerte para ello, y te querré mucho, y seremos muy buenos amigos.

¡Con qué alegría y agradecimiento aceptó esta oferta la pobre Azulina!

Tony la instaló en su ventana, sobre una maceta de albahaca. Como era muy

por la ventana, entró un ángel todo vestido de blanco.

—¡Oh!—exclamó Tony, extasiado—. ¡Qué hermosas alas tienes! ¿Es que vienes a anunciarme que yo volaré como tú?

—No; vengo a hablarte de Azulina—dijo el ángel—. ¿No has notado lo triste que está siempre la pobre? Piensa en su ala rota, en su libertad perdida, en su vida dolorosa...

—Sí; es verdad—murmuró Tony—. Y, sin embargo, yo hago por ella cuanto puedo.

—¿Quieres hacer algo más?—preguntó el ángel con una voz muy dulce—. ¿Quieres devolverle sus alas perdidas?

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que quiero!—exclamó el niño—. Pero ¿cómo?

—Solamente de esta manera: cédela a Azulina tu vuelo. Si me prometes romper tus alas y no volver a fabricar otras en tu vida, Azulina volará en tu lugar.

Tony permaneció un momento silencioso. ¡Romper sus alas, que tanto trabajo le costó fabricar! ¡Renunciar a volar para siempre!

Levantó los ojos: el ángel sonreía tiernamente. Tony resolvió de pronto.

—¡Romperé las alas y no volveré a fabricar otras en mi vida, lo prometo!—dijo firmemente.

Entonces el ángel se inclinó, le besó en la frente y desapareció en silencio, como había venido. La luz misteriosa se apagó, el cuarto quedó a oscuras y Tony se volvió a dormir.

A la mañana siguiente, cuando Tony se despertó, su primer movimiento

fué precipitarse hacia la ventana: Azulina ya no estaba allí. Tony la vió desaparecer por el aire, agitando con loca alegría sus dos alas color de cielo. El ángel había cumplido su promesa.

Tony cumplió la suya. Fué al cobertizo donde fabricaba sus inventos, y, sin vacilar, destruyó las alas de tela y alambre. Y tal era su satisfacción por el bien que había hecho y el inmenso sacrificio que acababa de realizar, que apenas lanzó un pequeño suspiro de pena.

¿Y sabéis lo que ocurrió así? Ocurrió que Tony fué salvado de la muerte, porque sus alas eran incapaces de sostenerle por el aire, y al precipitarse desde el tejado, en lugar de volar se hubiera estrellado horriblemente contra el suelo.

Pero esto él no lo supo nunca; es el secreto de los ángeles, y sólo nosotros lo sabemos.

PINOCHO

Dibujos de BARTOLOZZI.



—La otra me la arrancó un niño—confesó Azulina.

—¡Qué horror! No creía yo que existiesen niños tan malos—exclamó Tony, lleno de indignación.

—Y como sé que tú eres bueno y fabricas alas—prosiguió la mariposa, con voz íntima—, he venido a suplicarte que me pongas un par nuevo.

—Sí, es verdad, fabrico alas—dijo—; pero, mariposita, no te pueden servir. Mira, ven a verlas.

La cogió delicadamente entre dos dedos y la llevó a un desván donde había, en efecto, unas alas hechas con lona, alambres y palitos de bambú. El niño se ató un par a la cintura.

—¡Vas—dijo—, son muy grandes. Además, hay que moverlas con los brazos, y como tú no tienes brazos, mariposita azul...

La desdichada Azulina quedó aterrada; todas sus ilusiones se venían abajo. Tony prosiguió, confidencialmente:

—Mira, el que va a volar con estas alas

mañoso, le fabricó una sombrilla diminuta, de seda roja, para protegerla contra el sol y la lluvia, y todas las mañanas le llevaba unas gotitas de rocío, servidas sobre una hoja de lechuga muy verde, tierna y fresca.

Los dos amigos charlaban mucho. Todos los días Azulina le preguntaba a su protector:

—¿Cuándo volarás?

—Ya falta poco—contestaba Tony. Al fin, una noche, al irse a acostar, Tony se acercó a la ventana y, con alegría loca, anunció:

—¡Ya están terminadas mis alas! Mañana volaré. Para empezar, lo haré de arriba abajo, porque es mucho más fácil. Me subiré al tejado, y desde allí bajaré volando hasta la tierra. Pasaré delante de esta ventana para que me veas.

Tony se acostó, y se dio mucha prisa en dormir para llegar antes al día siguiente. Apenas acababa de cerrar los ojos, cuando el cuarto se llenó de luz y,



# BENAVENTE Y MIS CRÍTICAS

## Privilegio de los antiguos

CLARO que el inventor de la locomotora no fué el inventor de la rueda. El inventor de la rueda no podía figurarse que, andando el tiempo, sobre ocho ruedas acopladas se sustentase esa máquina ignea, de potencia y velocidad formidables. La locomotora es ruedas... y muchas más cosas; pero, ante todo, ruedas. Sin ruedas, no habría locomotoras. Todo lo demás se podrá modificar y perfeccionar; pero, los ruedas siempre serán ruedas, como en un principio.

Ni el inventor del tamboril podía figurarse el advenimiento futurísimo de las orquestas sinfónicas. Como la rueda en la locomotora es el tamboril en la orquesta. Pero, no creáis que el tamboril primitivo y fabuloso que persiste en la orquesta moderna es un instrumento bronco, compuesto de un cilindro, dos parches y dos palillos; no. El tamboril es... la batuta del director; el ritmo, sin el cual la orquesta no existiría.

El privilegio de los antiguos reside en haber vivido antes que nosotros. Vieron el sol antes que nosotros. Y el sol no ha variado; ni ha variado la óptica de la retina humana. Por lo tanto, *nilhil novum sub sole*. ¿Qué le vamos a hacer? Lo que hayan dicho los antiguos lo hemos de repetir nosotros, *velis nolis*. Le añadiremos otras muchas cosas, lo disfrazaremos con nuevas apariencias; pero lo esencial, lo que ellos hallaron antes, no hay manera de modificarlo. La rueda y el tamboril.

En la dramaturgia, quienes descubrieron la rueda y el tamboril, por decirlo así, fueron los griegos; y el que definió definitivamente el descubrimiento fué Aristóteles. Sin duda el teatro moderno incluye sinnúmero de complicaciones que no pudo figurarse Aristóteles; pero, en lo esencial, hay que atenerse siempre a las reglas aristotélicas. Nuestro teatro, (me refiero al teatro de Occidente; no al teatro japonés, sumarisimo; ni al chino, latísimo; ni al hindu, yagorosisimo), es el teatro ático, enriquecido, pero no modificado.

Pues bien: el parágrafo II de *Peri Poietikee*, «Poética», de Aristóteles, comienza así, traducido al pie de la letra: «De las fábulas y acciones simples, (trátese de obras dramáticas), aquellas de naturaleza episódica son las peores. Llamo episódicas las fábulas en las cuales se suceden los episodios sin verosimilitud ni necesidad. Estas fábulas están compuestas de una parte por los malos autores, porque son malos, y de otra parte por los buenos autores, para complacer a los malos actores».

Esto era así en Atenas y será así en todas partes. Cuando el autor por ineptitud, por pereza, o por prisa, (que es una modalidad de la pereza, en el orden de la producción), urde sus obras con episodios yuxtapuestos, o estira con parlamentos un asunto escaso, (de este defecto continúa hablando Aristóteles, a continuación de lo ya transcrito), la perfección y equilibrio de la obra se malogran; y no sólo eso, sino que tales vicios extragan y corrompen la sanidad del arte dramático, porque estropean por igual a la obra, al actor y al público.

En sustancia, el reparo que he puesto a la dramaturgia del señor Benavente, (como a gran parte de las dramaturgias modernas, francesa e italiana), se reduce a eso; que la mayoría de sus obras son episódicas, estiradas, orales, a causa de la pereza quizás, o tal vez de la prisa y la sobreproducción, por complacer a los

actores en muchos casos, pero nunca por ineptitud. Siempre he dejado a salvo el gran talento del señor Benavente. Si lo desconociese, el inepto sería yo.

## Los hipócritas y los agonistas

En el párrafo más arriba traducido, la palabra que Aristóteles emplea para designar a los actores es «hypokritas». En un sentido traslaticio, pudiera equivaler esta palabra a «malos actores». Literalmente significa «los que responden». En los orígenes del teatro ático, en la época de los ditirambos, cuando la acción dramática era un rudimento oral en que el conductor del coro sostenía un diálogo con un recitador, a este último se le llama

maba «hipócrita». Desde Sófocles, a los actores se les denominó «agonistas», que quiere decir (tanto como actor y orador) el que lucha, el que combate; en definitiva, el que realmente ejecuta acciones. ¡Cuán reveladora es esta diferencia de palabras y cuán presente debieran tenerla todos los autores dramáticos!

## Coincidencias satisfactorias

Mister Ernest Boyd, en una crítica de mis volúmenes de «Las Máscaras», publicada en la Revista Literaria del Times, de New-York, selecciona y traduce, suscribiéndolo con su aprobación, uno de los juicios que allí constan, acerca del teatro del señor Benavente:

## Asegurémonos el veraneo

URGENTE el problema del veraneo. Los que encastillados en un abrigo de esos que parecen hechos con esterillas grises o al alivio de la calefacción central, que muchas veces consiste en colocar el brasero en el centro de la habitación, han podido soportar los rigores invernales, en cuanto sudan dos veces seguidas hacia el cogote muéstranse terriblemente doloridos, y es que, por lo visto, el calor es una de las plagas que mayores molestias causan a la Humanidad.

—A ver qué hacemos de la cuentecita aquella.

—¡Uf! ¡Con estos calores no estoy para ocuparme de nada!

Huyendo de ellos, o, por lo menos, tratando de huir, la gente pone sus esperanzas en la sierra, en la playa o simplemente en la morada pueblerina de algún pariente, en la que suelen caer con un optimismo digno de mejor causa.

—Nada, chico; aquí me tienes dispuesto a pasar el verano en tu casa. En Madrid hace un calor tal, que hasta los leones del Congreso se derriten, ¡y son de bronce!

El sorprendido por la visita de los parientes pone la mejor cama de que puede disponer, y dice en tono resignado:

—Sí, hombre; no faltaba más. Ahora que aquí no hay grandes comodidades. ¿Por qué no te has ido a San Sebastián o Biarritz?

—Déjate de cursilerías. Yo quiero veraneo en camiseta. ¿Me comprendes?

—Perfectamente.

Lo de estar en camiseta es cosa absolutamente clara; ahora que lo confuso es que el visitante haga demasiadas alusiones al gallinero y a la huerta, y concluya por creer que está en país conquistado.

Esto de democratizarse constituye, por lo visto, uno de los encantos veraniegos, y muchos ciudadanos que hasta comen los langostinos con guantes en Madrid, en cuanto se ven veraneando en pueblecillos modestos, visten de riguroso guñapo y andan por las calles del pueblo como si fuesen a pedir una limosna por el amor de Dios.

Por eso algunas veces el forastero sencillito suele decir:

—¿Sabes que en este pueblo hay mala gente?

—¿Aquí? Imposible.

—He visto, a la salida de la carretera, a un hombre sin afeitado, en alpargatas, en mangas de camisa y verdaderamente desharrapado, que me ha echado una mi-

rada como para llamar a los civiles. ¡Mírale, ahí va!

—Pero, hombre, si es don Frumescio, el senador.

—¿Ese? Pues cualquiera reconoce al que sus colegas de senaduría llaman, durante el invierno, «el Petronio romano-nista».

Esto hace pensar que la Humanidad se violenta mucho la mayor parte de su vida, y que sus verdaderas aficiones internas están en acercarse lo más posible al hombre primitivo.

Veranear constituye la obsesión de todo el mundo, y para lograrlo se acude a todos los medios imaginables y a muchos más que surgen de momento para resolver el problema. Rara es la oficina que en estos días no ve aparecer a alguno de sus empleados en aspecto completamente cadavérico, y que al llegar frente a su mesa no se deja caer diciendo:

—¡Ay, mi madre!

—Regúlez, ¿qué es eso?

—El hígado.

—¿Se atracó usted anoche de ese alimento?

—No; es el hígado propio, que me está dando unos días como si dentro de mí hubieran instalado una «kermesse» de barrio. Si el habilitado no se apiada de mí, fallezco aquí entre ustedes una buena mañana.

Como es natural, estas lamentaciones llegan a oídos del habilitado, y cuando Regúlez le presenta el asunto de su anticipo para ir a una cura de aguas, el otro no tiene valor para la negativa, por no contraer la responsabilidad de que el empleado fallezca por no haberse cuidado el hígado. Regúlez, agarrándose a las paredes, sale de la Caja llevándose el dinero necesario para echarse medias sueltas a esa parte de su individuo estropeado, y al abandonar el ministerio se estira y dice: «Ahora resulta que también las personas tenemos hígado. ¡Menudo veraneo me voy a dar!»

Y cuando pasados unos días, el habilitado, en uso de licencia, va a un puerto de moda y penetra en el Casino, se encuentra a Regúlez sano y fuerte, diciendo: «¡Este duro a la calle del 17, y éste del pleno al 5!»

El habilitado comprende que lo del hígado fué el pretexto, y que Regúlez lo que necesitaba era darse quince días de ilusión de que es un gran señor.

Como ocurre precisamente con la mayor parte de los veraneos.

A. R. BONNAT

«Examinando en conjunto, como un panorama, la obra completa de don Jacinto Benavente, echamos de ver que se trata de un paisaje cuya flora y fauna no corresponden a la zona tórrida ni a la zona fría, sino a una zona epicena, en donde el clima se muda arbitrariamente del calor al frío y del frío al calor, sin alcanzar nunca grandes extremos. No es la zona de la palmera ni la tierra del abeto; ni es el país de la pasión ni la patria del ensueño. Es la comarca del álamo blanco (o abedul), con sus hojuelas plateadas como sonajas de pandereta; la comarca del sauce llorón y sentimental. Las dos cualidades de estos paisajes de zona templada son: versatilidad y elegancia, entendiéndose por elegancia cierta reducción de las proporciones y pulimento de las formas. Es una manera de elegancia que linda con la afectación y el artificio» (Las anteriores líneas se publicaron originalmente en EL IMPARCIAL.)

Mister Boyd advierte que este juicio coincide, de punta a cabo, con la opinión de mister Jorge Juan Nathan, el primer crítico teatral, (digamos el único), de los Estados Unidos.

Por otra parte, de «Las Máscaras» podría arrancarse un florilegio copioso de verdaderas flores que he dedicado a la inteligencia, a la cultura y al arte del señor Benavente. Vaya a buscarlas allí el curioso.

Pienso que ya ha quedado cabalmente definida mi posición espiritual, frente al teatro del señor Benavente. Si se le considera aparte y al margen de la evolución universal dramática, como un teatro *suí generis*, revelador de una personalidad vacilante y pasiva, pero delicada y curiosa de todas las modas y figurines de arte, en este caso, merece el homenaje máximo, puesto que la obra ha sido realizada con el máximo talento. Pero, si, desquiciando la realidad, se pregona que su teatro es el ápice del teatro histórico y vértice del teatro venidero, (que es lo que han querido sostener algunos insensatos, por medio de la coacción intelectual); si la manera teatral benaventina predominase, entonces, los fueros de la verdad y el instinto de conservación dramática nos empujarían a luchar con este teatro hasta destruirlo, puesto que en tales circunstancias absolutas (pase la paradoja), su mera existencia, (existencia efímera), acarrearía el acabamiento del teatro; de ese mismo teatro y del verdadero Teatro. Que es lo que nos hacemos la ilusión de haber demostrado, con literatura que, aunque abundosa, todavía parece insuficiente, dada la obtusidad de algunos lectores.

Ramón PEREZ DE AYALA

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.  
Librería, Caballero de Gracia, 28.

## OBRAS DE JOSÉ FRANCÉS

Literarias:	Pesetas.
I.—La estatua de carne.....	4,50
II.—El alma viajera (novela).....	4,50
III.—Cuentos del amor y de la tierra.....	4,50
IV.—La mujer de nadie (novela).....	4,50
V.—El muerto (novela).....	4,50
VI.—La ruta del sol (cuentos).....	4,50
VII.—Como los pájaros de bronce (novela).....	4,50
VIII.—La guardia (novela).....	4,50
IX.—Sortilegio (novela).....	4,50
X.—La raíz flotante (novela).....	5
XI.—Teatro de amor (comedia).....	5
XII.—Miedo (novela).....	5
XIII.—El espejo del diablo (novela).....	5

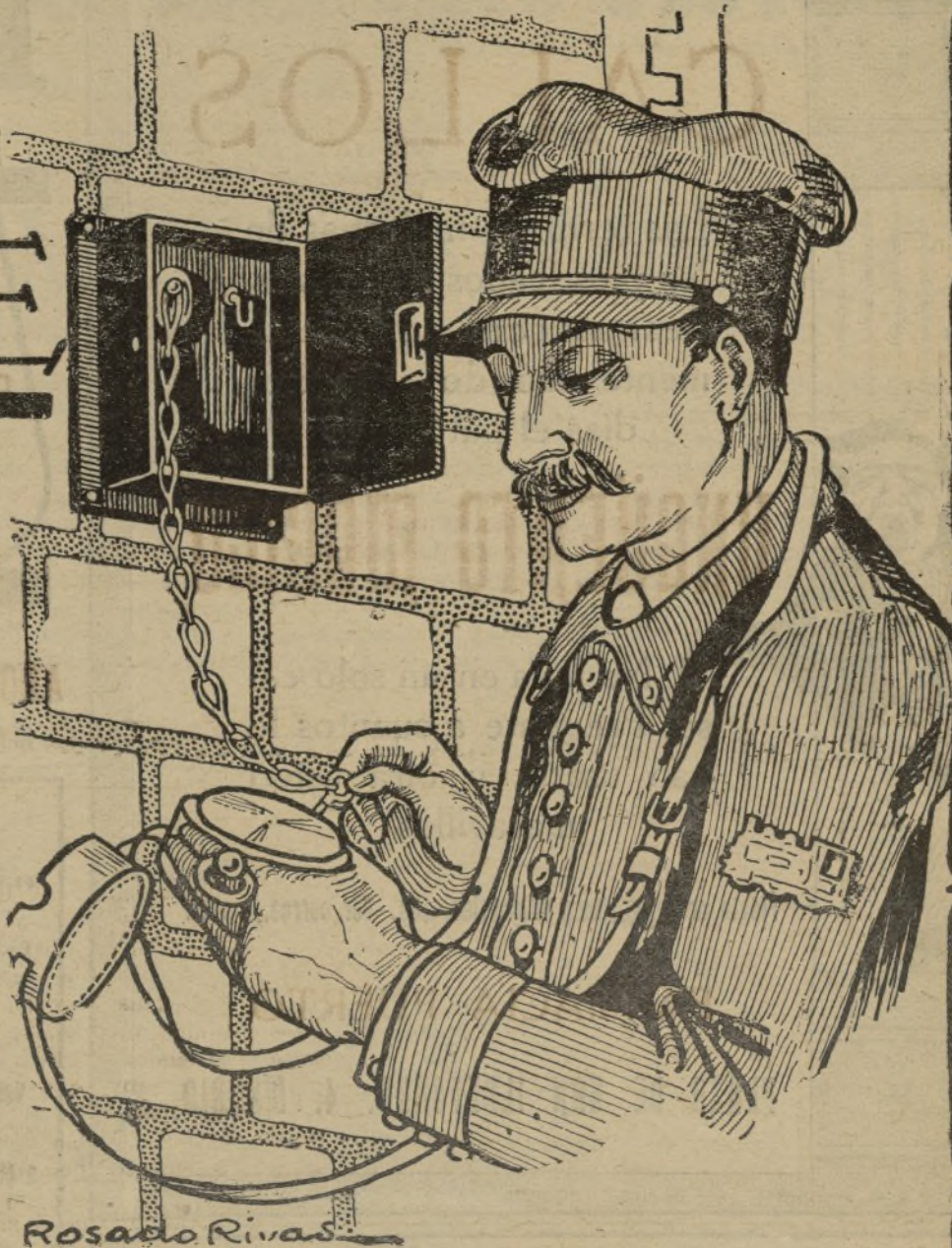
## En preparación:

EL HIJO DE LA NOCHE (novela)  
Pedidos directamente a «MUNDO LATINO»



# Relojes VIGILANTE

Sistema COPPEL  
con privilegio  
de invención.



Rosado Rivas

El sistema empleado en la construcción de estos relojes «Vigilante» sistema COPPEL, es el mejor para poder cerciorarse de que los guardas o serenos cumplen con puntualidad su deber al confiarles la vigilancia en Ciudades, Villas, Castillos, Estaciones de ferrocarriles, Iglesias, Casas de Banca, Teatros, Museos, Bibliotecas, Fábricas, Molinos, Garages, Almacenes, etc.

Con exactitud matemática marcan estos relojes las horas y minutos de los pasos dados por el sereno por los sitios confiados a su vigilancia, y las mismas esferas de papel, las cuales se renuevan todos los días, sirven siempre de comprobantes infalibles e inapelables para saber si ha habido o no descuido en la vigilancia. Y esto se ve perfectamente en las señales dejadas en la esfera de papel por las perforaciones que forzosamente ha tenido que hacer el sereno o vigilante por medio de las llaves colocadas en las distintas es-

tación número 2 a las seis y quince minutos; luego, siguiendo por este orden hasta la estación número 6, en que aparece la señal de las seis y cincuenta y cinco minutos, que significa que el sereno pasó a esta hora por la estación número 6.

El aparato de seguridad para marcar, es un mecanismo ingenioso, que impide que la persona encargada de la vigilancia marque con otro instrumento que la propia llave marcadora de este reloj. Es imposible falsificar esta llave sin conocer detalladamente el mecanismo interior del aparato, ni destornillar o sacar el reloj de la caja. Esto último sólo sería posible abriendo la tapa del reloj, cosa que tampoco puede hacerse sin que se produzca la rotura de la esfera, deduciendo así que el reloj fué abierto.

La exactitud de la marcha, unida a la completa seguridad de que nadie más que el dueño puede abrir el reloj sin dejar señales de haberlo hecho, y la certeza de que únicamente el sereno, o sea la propia persona encargada de la vigilancia llevando el reloj encima es la misma persona que tiene que marcar, hacen que este sistema de relojes «Vigilante» COPPEL haya encontrado en todas las partes del mundo la merecida apreciación y estimación como el instrumento más perfecto, más sencillo y más exacto para la segura y constante comprobación de la vigilancia de los guardas.

**Modo de usar los relojes «Vigilante» sistema COPPEL.**—Se da cuerda al reloj «Vigilante» COPPEL por el piñón cuadrado del centro; la esfera de papel se coloca debajo de la manecilla fija y de la pequeña placa de la cerradura; luego, se aprieta con la virola y se pone en hora; después, se cierra el reloj con llave y se entrega al guarda o sereno.

Las seis llaves para marcar, repartidas a propósito y sujetas en cajitas de hierro con cadena precintada, son diferentes y numeradas; el guarda, llevando el reloj «Vigilante» COPPEL, al visitar los sitios cuya vigilancia le está encomendada, saca la llave que encuentra en cada una de las seis estaciones, y dando una vuelta en el reloj con ella, produce una perforación en la esfera, que marca exactamente la hora y minutos en que visitó el guarda aquel punto.

Las esferas sirven luego como comprobante seguro de que los sitios estaban vigilados en las

horas marcadas. La llave número 1 marca y perfora el primer círculo interior; la número 2, el segundo, y así sucesivamente.

Con cada reloj se mandan seis cajitas de hierro con sus correspondientes llaves para distribuir las cajitas en los sitios por donde tiene que pasar el guarda.

**El precio del reloj «Vigilante» sistema COPPEL,** con reloj de escape áncora, de cincuenta ho-

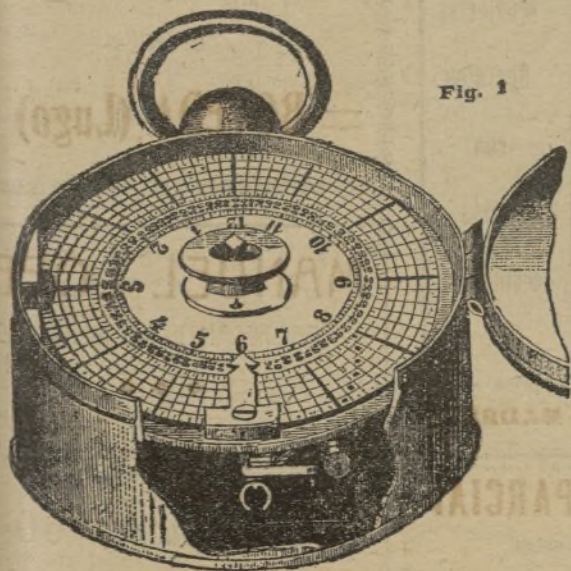


Fig. 1

taciones. En la figura número 2, estas perforaciones están figuradas por unos puntitos negros en el centro de cada cuadrado. La esfera marca doce horas, y el espacio que media entre cada hora está dividido en seis cuadrillos de diez minutos cada uno, que representan los sesenta que tiene la hora.

La facilidad con que se puede comprobar si los sitios encomendados a la vigilancia del sereno han sido visitados por éste y a qué hora y minutos se ha verificado esta vigilancia, se ve en el de la figura número 2. Si al sereno, por ejemplo, se le ordena que verifique de hora en hora la vigilancia de los seis distintos puntos encomendados a su custodia, entonces se nota que en la estación número 1, y con la correspondiente llave 1, marcó o pinchó el cuadrillo 1, o sea a las seis y cinco minutos; que con la llave número 2 marcó el cuadrillo 2, habiendo, por lo tanto, pasado por la es-

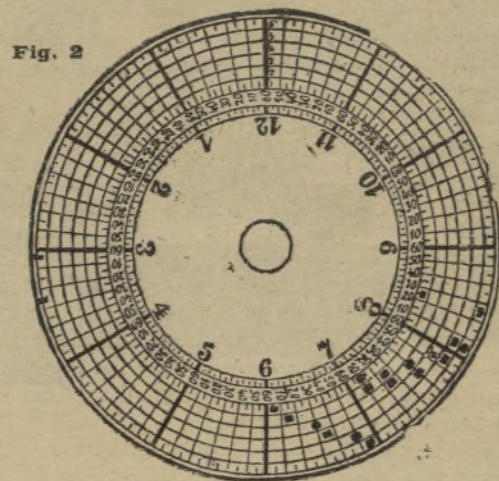


Fig. 2

ras cuerda, antimagnético, con aparato de seguridad para marcar y cierre, llave para dar cuerda al reloj, seis llaves en cajitas de hierro para seis estaciones, un estuche y correa de cuero y trescientas esferas de papel, es de pesetas 250.

Se fabrica el mismo reloj «Vigilante» sistema COPPEL con doce estaciones, al precio de pesetas 300.

**Carlos Coppel**

**Fábrica de relojes  
- Fuencarral, 27 -**

**Madrid**



# CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

# GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista del café del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

**Pensión completa desde 12,50 pesetas.**

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

# PHILIPS

## FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLEXIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA (EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS), COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTIGUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

**DOBLE DURACIÓN**

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

**ADOLFO HIELSCHER, Socd Anón. MATERIAL ELÉCTRICO**

MADRID: San Agustín, 2.

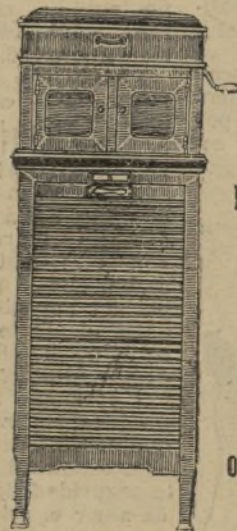
BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

## ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas  
a plazos  
con  
precios  
de  
contado.



Envíos  
a  
provincias  
Aparatos  
con  
cocina  
o sin ella.

Pida usted catálogo y condiciones a  
**ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID**

## Quiosco de EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá

Esquina a Berquillo

De sobremesa, con motor fijo y con motor movable; universales, para mesa y pared; de techo, de muro, centrifugos, para minas, para aire húmedo, etcétera, etc.

**Grandes existencias para entrega inmediata**

PÍDANSE EN LA

## Ibérica de Electricidad (S. A.)

Madrid.--Barcelona.--Bilbao.--Gijón. Sevilla.--Valencia.--Zaragoza y en los principales establecimientos de venta de material eléctrico.

## AGUAS del INCIO

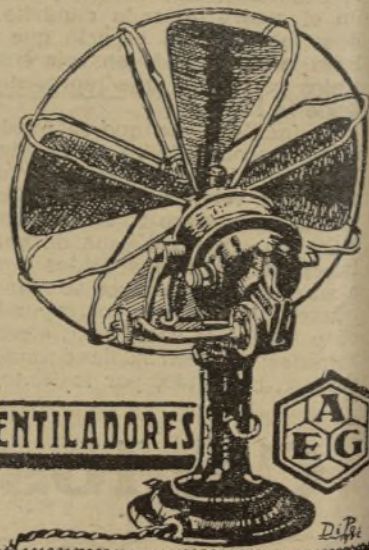
Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BOVEDA (Lugo) =

## MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

SERRANO, 17  
AYALA, 60



VENTILADORES



LOS MÁS PRÁCTICOS Y DE MAYOR DURACIÓN